

# Los personajes en el funeral de Jorge Amado

Miguel Real

Chiquillos y mozas de culo prominente animaban la cola que rebasaba inquieta los portones del Palácio da Aclamação, en el Campo Grande de Salvador de Bahía, en homenaje al breve cuerpo muerto de Jorge Amado, cubierto por un manto de rosas rojas. Me puse a la cola, conseguí llegar junto a Jorge y ni la señal de la cruz tuve tiempo de hacer cuando enseguida la policía me ordenó que continuara —¡Andando!, ¡Andando!—, pero pude observar que en el puño derecho tenía, atada artesanalmente, la cinta amarilla del Senhor do Bonfim, viejo Oxalá, u Oxolufã, el mayor de los Orixás<sup>1</sup>, esposo de Yemanjá o Dona Janaína<sup>2</sup>, en la religión de la macumba<sup>3</sup>. Las negras de la Cachoeira<sup>4</sup> acababan de entrar, todas viejas, todas bajas, todas gordas, todas vestidas de blanco, venían a encomendar el cuerpo de Jorge a Oxolufã, para que éste lo recibiera bien en el último viaje, y bailaban alrededor del féretro elevando viejos lamentos yorubas al cielo de los orixás, aiô, aiô, aié, aiô, aiô, aié, cogieron el ataúd y lo alzaron, zarrandeándolo, simulando el último viaje por el mar de los muertos, aiô, aiô, aié, aiô, aiô, aié, animaban a Jorge a que lo iniciara. Yo, ya quería seguir, ya, porque el policía me miraba con mala cara, pero no podía; ante mí, envueltas en las blancas faldas baianas, con los brazos abiertos de júbilo estaban Mãe Aninha y Dona Maria Bibiana do Espírito Santo, mãe-de-santo<sup>5</sup> del

<sup>1</sup> Oxalá, Orixalá: *el gran orixá sincretizado en Jesucristo, al que se le asignan, según el culto africano yoruba, las funciones sexuales de la reproducción. Orixá: divinidad africana de las regiones afrobrasileñas. Culto yoruba: el relativo a las comunidades del grupo sudanés del África occidental, al sudoeste de Nigeria, Daomé y Togo, de donde vinieron muchos de los esclavos africanos que poblaron el noreste brasileño. Oxolofã, Oxolufã: representación de Oxalá de pequeño, el Niño Jesús.*

<sup>2</sup> O Iemanjá: *Orixá femenino, la mãe-d'água (madre del agua) de los yorubas, el mar divinizado. Dona Janaína: reina del mar.*

<sup>3</sup> Macumba: *sincretismo religioso afrobrasileño con elementos de varias religiones africanas, indígenas brasileñas y del cristianismo. Por derivación, magia negra.*

<sup>4</sup> Municipio de la zona del Recôncavo, al este de Bahía, puerto fluvial de la margen izquierda del Paraguaçu. Una cachoeira es, también, un declive escalonado en el lecho de un río.

<sup>5</sup> Mãe-de-santo: *sacerdotisa del candomblé o de la macumba que se dirige a las divinidades y de las que recibe instrucciones que transmite a los creyentes. Candomblé: la religión de los negros yorubas de Bahía. Por extensión, cualquiera de las grandes fiestas de los orixás.*

Axé<sup>6</sup> del Opô Afonjá<sup>7</sup>, ya fallecidas, que por fin se reencontraban con Jorge para recuperar las largas conversaciones de atardecer, mientras tomaban un sorbete en la rampa del muelle del mercado Modelo, donde también se reunirían, decían ellas, Mãe Menininha do Gantois, Dona Maria Escolástica Conceição Nazaré y Eduardo Ijexá o Eduardo Mangabeira, venerado babalorixá<sup>8</sup>, y donde más tarde aparecerían, ya de noche, Samuel Querido de Deus, maestro de capoeira<sup>9</sup>, y Popó, delantero-centro del Ipiranga Futebol Club; Jorge, por fin llegaste, por fin en el cielo ya tenemos quien escriba nuestros embrollos, estamos contentos de que hayas muerto, esto aquí en el cielo de los blancos, sin ti, era un fastidio, ahora ya podemos irnos al cielo de los negros, Exu<sup>10</sup> nos espera, vete a enredar a San Pedro, y cuando mire hacia un lado, salimos corriendo por el otro, ¿y Zélia?, preguntó Jorge, ya volveremos a por ella después, todavía falta mucho para que muera, la necesitan allá abajo para que guarde tu memoria. Y todos estaban contentos, se les iban los pies con la samba, al son de birimbaos inaudibles, retorcián el cuerpo y extendían los brazos, sincopadamente, siguiendo el ritmo del candomblé, acompañados por invisibles agogôs<sup>11</sup> y atabaques<sup>12</sup>. Al fin conseguí salir entre cuatro cámaras de televisión del Globo, micrófonos de la Rádio Educadora de Bahia y entre 40.000 fotógrafos y periodistas que empuñaban el bolígrafo. Enseguida me atropelló la melindrosa Gabriela, de pelo suelto y fulgurante, ancas provocativas, senos arrogantes, oliendo a clavo y de piel de canela, perseguida por sô<sup>13</sup> Nacib y por Tónico Bastos, que querían ver a Jorge, no se iban de allí sin ver a Jorge, pero ni por esas, que allí estaban los senadores, los diputados, los alcaldes, los intelectuales, lo bueno es que llegaron al mismo tiempo el coronel Totonho del Riacho

<sup>6</sup> Axé: los cimientos mágicos de la casa del candomblé. Cada uno de los objetos sagrados del orixá (piedras, hierros, recipientes) que se hallan en el altar de las casas de candomblé.

<sup>7</sup> Opô Afonjá: Una de las variantes del orixá Xangô, que es uno de los más poderosos, relacionados con el rayo y el fuego, y frecuentemente secretizado con San Jerónimo, Santa Bárbara o el Arcángel San Miguel.

<sup>8</sup> Pai-de-santo: sacerdote.

<sup>9</sup> Capoeira: juego y deporte de exhibición atlética basado en el ataque y la defensa entre dos contrincantes; la práctica llegó con los esclavos bantús procedentes de Angola y sobrevivió en la cultura brasileña a pesar de ser duramente perseguida hasta inicios del siglo XX. Actualmente representa uno de los rasgos de distinción folklórica más genuinamente brasileños.

<sup>10</sup> Exu: orixá que representa las potencias contrarias al hombre, asimilado al demonio de la religión católica. Puede ser también el orixá de la fecundidad, y su danza recuerda el acto sexual, o el mensajero entre los hombres y las divinidades.

<sup>11</sup> Agogô: instrumento musical de percusión y de origen africano, constituido por dos campanas de hierro que se golpean con una vara también de hierro. Se usa en los candomblés de Bahia y en las baterías de las escuelas de samba.

<sup>12</sup> Atabaques: tambor que marca el ritmo en las danzas religiosas de origen africano.

<sup>13</sup> Forma sincopada de Senhor (señor).

Doce, con el ojo derramado y tres dedos en la mano, que, si era preciso, se abría paso a tiro limpio, y Pé-de-Vento, experto en pillar tránsitos para el otro mundo, no corra, no, Pé-de-Vento, le dijo Gabriela, sê<sup>14</sup> Jorge ya pasó. La negra centenaria Dona Veveva, de Os Pastores da Noite, acababa de llegar con su orquesta de candomblé, la orquesta se animaba, los críos cogían calabazas y palitos, las niñas de seno virgen, contentas por la fiesta, levantaban sus manos, se preparaban para marcar el compás; a un negro hercúleo (quizás Vicente, el campeón de boxeo de Bahia que perdió dos combates seguidos con Antônio Balduino en la plaza de la catedral), le colgaba del cuello, por una liana, un pesado tablero con una hilera de batuques<sup>15</sup>, cada uno del tamaño de su pecho; a su lado, un negro albino, impresionante por la forma negroide y el color pardusco, sostenía verticalmente con las manos un largo palo hueco y agujereado por los extremos, que al soplar parecía una trompa de caza; una caña clara y picuda en la boca de otro negro imitaba el sonido de la flauta; dos atabaques gigantes encabezaban la banda y se preparaban para incendiar el Campo Grande con su ritmo ronco y sincopado y, en medio, dos batuques más pequeños iban a dialogar con los atabaques en un concurso de exploraciones de ritmos, de sonidos y de manos rápidas; en el centro, justo en el centro, un negro viejo, el director de la orquesta, estaba con el agogô levantado y las campanitas de cobre que, como badajos, componían la melodía, los silencios y los arranques. Los batuques y los atabaques, al compás de las palmas de los negros, marcaban el ritmo del conjunto, interrumpidos por el barullo metálico y estridente de los agogôs y por el silbido monocorde de la flauta de caña; las calabazas y las palmas entraron al mismo tiempo y el aliento de la trompa, inarmónico y brutal, superó la maraña de sonidos, los pies empezaron a moverse, primero un balanceo para allá, después un balanceo para acá, no más de un palmo, después un poco más lejos, piernas abiertas, rodillas flexionadas, codos a lo pato dando-dando, y, de repente, cada uno a lo suyo, bambolearon las nalgas y se agitaron los cuerpos en un mece-mece caótico. El director del agogô, a una orden de Dona Veveva, levantó los brazos al cielo y, con las piernas abiertas y adelantado a la orquesta, pidió silencio para decir en un criollo viejo imposible de transcribir con fidelidad: Voy a contar para todos la historia de San Simeón, el Estilita (él decía el «stilité»), pero ante, como hay por aquí algún blanco joven, nos vamos a presentar, quién eres tú, y señalaba a uno de los músicos, mí ser Joane Ongi-

<sup>14</sup> *Forma sincopada de Senhor (señor).*

<sup>15</sup> *Batuques: diferentes instrumentos de percusión.*

co, de Benguela, y tú, yo ser Bastião da Guiné, y tú, quién, tú, yo ser Antônio Arda, de Mina, y tú, aquel, no, tú, mí ser Duarte Angola, y tú, yo ser Rodrigo Angola, hermano del primer Angola, y tú, yo ser Cristóvão Angola, padre de Duarte y de Rodrigo, bonitos nombres pusiste a tus hijos, no fui yo, fue el negrero que nos trajo, yo me llamo Ixum y mis hijos, Anti y Xorum, y tú, el otro, no, tú, Florival de Cabinda, y tú, este del extremo, no, tú, Marcelo de Ssau (Bissau), y tú, Francisco Terra, no sé de dónde vine, mis padres murieron contradirección, dificultando el tráfico, y tú, Simão Egico, así me llamaron, vine de Luanda, y tú, Lourenço Guiné, y tú, yo soy el pentabuelo de Gilberto Gil, y tú, yo el pentabuelo de Caetano Veloso y Maria Bhetânia, y tú, el pentabuelo de Paulinho da Viola, y tú, el pentabuelo de Dorival Caymmi, ahora yo, tú, tú qué quieres, yo quiero ser el pentabuelo de Jorge Amado, pero soy negro, no importa, hasta le gustará, él dice que es el blanco más negro de Bahía, venga, deséale un buen viaje al otro mundo, buen viaje mi pentanieto, y ahora yo, yo mismo, el director de toda esta patulea que toca como una banda de gallinas cluecas, Manuel Ferreira, de Gáscar (Madagascar), esta historia a mí mismo me la contó Jorge Amado, allí, debajo de aquel mango. La batucada renació, la flauta apifanada silbó, las calabazas retumbaron, la marabunta de negros aplaudió y silbó, el agogô tintineó cuatro veces y el director Manel Ferreira continuó, con voz impostada y solemne, como si recitase: Simeón era pastor, en Cira (Siria), una tierra que queda más allá del mar grande, y más allá de nuestra tierra negra, un desierto igual al nuestro, el agogô sonó, las palmas subieron sincopadas, los atabaques pegaban más fuerte, la batucada enfurecía, las calabazas llenas de piedrecitas, libres en las manos de los críos, llenaban la tarde del día, los silbidos se esparcieron por el aire y la gente, un pie delante, otro atrás, todos al mismo ritmo, seguían el sonido metálico del agogô y el estallido de las palmas, y todos bailaban, las mujeres arqueando el cuerpo hasta las rodillas y bamboleando las nalgas en círculo, y los hombres abriendo los brazos, amenazando con las ancas y chasqueando los dedos. A una señal más violenta del agogô, todo se detuvo, inmóvil, y dejó emerger el silencio como un fantasma, y Manel Ferreira continuó: San Simeón era como nosotros, tostado por el sol, con las palmas blancas de las manos sudadas por el trabajo, sus padres nada le dieron porque nada tenían para darle, como los nuestros, guardaba cabras San Simeón, acompañado por un viejo monje blanco, bueno y guapo, como era Jorge Amado, quiso entrar en el convento de los quistones, pero los monjes blancos no le dejaron, le dijeron: tú es nego y qué adorará un Quisto blanco, y de nuevo nació el estrépito, el ritmo general, sin melodía, sacudió los cuer-

pos y empezaron a soltarse al son de la música, los requiebros de las mujeres se acentuaron, el volumen de los senos palpitaba, las rodillas se erguían a la altura de los troncos en saltos y cabriolas, los cuerpos giraban entre sí, cogidos por las manos, en vueltas de sudor y de sonrisas, y el agogô dio la señal, otra vez silencio y quietud, y la voz, áspera y contundente, resurgió: San Simeón, el Estilita, se acercó a la puerta del convento y a ella se pegó, sin irse de allí, ni que lo azotasen, y lo azotaron, a San Simeón, monjes blancos vinieron y abrieron la puerta y dieron latigazos a San Simeón, que no hizo nada, ofreció la espalda al flagelo para sufrir mayor tormento, abandonaron a San Simeón en el suelo, ensangrentado, le escupieron y su cara negra pisaron, tiñéndola del rojo de su sangre, y un monje rubio hasta se le cagó encima. De nuevo los atabaques sonaron, el agogô vibró, las calabazas cacarearon, el silbido de la flauta afiló un trino de pájaro, la trompa respiró un sonido hueco y los pies empezaron a bailar, los cuerpos se retorcieron en un intercambio de caricias, los brazos se levantaron, todos a una daban saltos, gritaban, aullaban, rebuznaban, gruñían, ladraban, en una danza fantástica y bestial que imitaba a los animales que irían a morder a los monjes blancos. El director de la orquesta se detuvo y todos se detuvieron, allí tirado se quedó San Simeón, sangrando en el suelo, hasta que los monjes lo aceptaron; todo el mundo aplaudía, elevaba un ólálá-ólélé que subía, subía y caía, ólálá-ólélé. San Simeón entró en el convento y el abad, gordo de tanto cerdo que comía, le preguntó, qué quieres desta iglesia, Simeón nego, y le llamaba nego para humillarlo, yo quiero cinco cosas, oración, vigilia, ayuno, humillación y sufrimiento, esta para imitar a Quisto, aquella para sentir que no soy más que un grano de arena que Dios desprecia con sus dedos, el otro para sentir el hambre de los negos y de los pobres, la vigilia para alejar al Demonio y la oración para glorificar al Padre. San Simeón, el 'stilité, fue adorado por los monjes blancos pero se hartó, huyó el convento y se fue a vivir a la ciudad de Monte Thessalissa, donde predicó a los blancos mucho de lo de los negros, se pasó una cuerda por el cuerpo y se la ató para que le rozara hasta hacerse sangre y, orando y ayunando, enseñaba a los blancos el camino de la penitencia; la orquesta, animada, ya no cesaba de tocar, los cuerpos, embalados, ya no dejaban de bailar, las palmas se levantaban más vibrantes, el ritmo crecía veloz, una negra gritó y se detuvo en seco, le temblaba el cuerpo entero, se cimbreaba para delante y para atrás, y se tiró al suelo, revolcándose con la boca babeada de tierra, aturdida por la danza. San Simeón a todos predicaba sufrimiento y penitencia, oraciones y ayunos, y llegaron gentes de la tierra negra, de la tierra amarilla y de la tierra blanca para escucharlo, y se senta-